

ALEJANDRO ROSSI

SEDOSA, LA NIÑA

A JUAN NUÑO

“SEDOSA, LA NIÑA” —sí, esa fue la silbante respuesta del viejo a la pregunta del nieto. Una pregunta vanidosa que Vicente tenía en la punta de la lengua desde hacía varias semanas. El amor es así, necesita confirmación, un espejismo que exige realidad. Ya se había dado cuenta, por supuesto, que el abuelo la observaba sin misericordia ni descanso. Cuando llegaron, alrededor de las once de la mañana, los esperaba en el primer patio —lo llamaba ‘el patio de los honores’—, él al fondo, en una perspectiva de prócer de las antiguas guerras, las que los historiadores oficiales denominan las guerras de la primera independencia. Una astucia historiográfica, claro, para ensalzar a los actuales gobernantes. El viejo sabía sus mañas y estaba de pie, ligeramente apoyado en una de las columnas más o menos dóricas que sostenían los aleros inclinados sobre el rectángulo cruzado de limoneros. Vestía un liqui-liqui immaculado, con yuntas de oro en el cuello, como de ocasión grande, como si esperara firmar un tratado de paz. La barba, también blanquísima y de pelo fino, le caía hasta el cuarto botón. La niña recordaría después el insoportable ruido que salía de las innumerables jaulas colgadas en los corredores. Un chillido histérico, una alegría insensata, como injustificada frente al vaho silencioso del patio. Al nieto lo retuvo sobre el pecho, con los ojos cerrados y sólo le dijo: “Estás lleno de polvo, Vicente”. A ella le dio un beso en la frente y le acomodó un mechón de pelo. “Ya sé que te llamas Mariela y que has sido maestra de escuela. Aquí encontrarás únicamente reprobados. Hace mucho que no recibo libros, pero los que tengo no son malos y están a tu disposición. Cuando quieras me pides la llave del armario. La última maestra que anduvo por la zona no nos gustó mucho. En lugar de enseñar a leer el periódico, quería redimirnos. Hablaba del futuro, un fastidio. Ahora, muchachos, váyanse a enjabonar. Lo que sobra en esta casa es agua buena.”

La verdad es que Don Teófilo estaba contento. Mejor dicho, sentía un inmenso alivio al ver que el nieto era ya un hombre de veinticuatro años, alto como aquella lindura que fue su madre, una explosión de pasajera belleza, un inolvidable tránsito luminoso. Vicente también heredaba de ella la cabellera castaña, esos cabellos ligeros que el viento despeina con tanta facilidad. La nariz grande era, qué duda cabe, de los Requena, nuestro rasgo noble, decía el viejo, y nuestra mejor arma, olemos las primeras humedades, las

lluvias lejanas y el sudor de los traidores. Delgado Vicente, aunque de músculos largos, los que aguantan la fatiga, los que pegan duro, reconocía complacido Don Teófilo. El descanso, sí, y el asombro de verlo vivo, sin machetazos en el cuerpo, sin heridas de bala, sin fantasías de muerte en la cabeza. Lo había criado él solo, con esmero de botánico, decidido a que sobreviviera las fiebres viajeras que atravesaban la región, las pulmonías fulminantes del otoño empapado, los errantes curas azucarados que pregonaban remotos monasterios místicos, las sombrías pruebas de valor entre adolescentes ociosos y mutilados, la curiosidad por ese pasado tan enigmático, tan injusto, tan desordenado. Cuando el muchacho cumplió catorce años, Don Teófilo se fue con sus amigos portugueses, los antiguos proveedores de la tropa, allá, al caserío de San Mateo, donde el río se divide, y volvió con una de esas muchachas de ojos náufragos, pechos pequeños y ombligo mal cosido. Pero de dedos largos, signo inequívoco de una cruz reciente. De las que se pierden entre las buenas sábanas, pensó Don Teófilo. “No la atropelles, acércate cuando se haga la dormida, cuando esté bien tibia”. Había leído que era mejor ser abuelo que padre. En otras circunstancias tal vez, porque hasta ahora nunca había tenido la tranquilidad de contemplar, con satisfacción de semilla vieja, una estirpe ya arraigada. Aquí, bajo el cielo más azul, se instala el infierno en diez minutos. ¿Cómo no recordar ese día, que hoy calificaría de aciago, cuando su hijo llegó de la Ciudad Grande, del Puerto, con aquel fulgor de mujer? Quería incorporarse a la guerra familiar, defender la región, ayudar a su padre. Y él, como un idiota, rojo de gusto más que de sol, con el corazón de padre bobo bailoteando sin ton ni son, feliz hasta la estupidez y maravillado de que aquella hermosura perteneciera a la casa, le dijo que sí, que se acomodaran y le preguntó a ella si prefería dormir en cama o en hamaca. En lugar de convencerlo, con esa sinuosa y pausada retórica tan alabada por Baldomero en las reuniones de los jefes, de que descansaran esa noche y que al día siguiente cogieran el viejo La Salle y se fueran derecho a Puerto Naranjo y se subieran al primer barco que zarpara. En lugar de decirle “Mira, Teo, esta guerra no es la tuya, es la de Casimiro, es la de Baldomero, es la mía. Si hay que morir, hagámoslo en orden: primero yo y después tú. Regrésate a la ciudad, a la costa, busca tu vida, no la mía. Yo sé que eres un algebrista de prodigio, un hijo de

las Mil y una Noches. No te desbarates aquí, Teo, más vale un teorema bien demostrado que meterle un tiro en la cabeza a uno de esos espumosos capitanejos que cruzaron la frontera y arrasaron nuestros campos de girasoles. Por lo demás no hay mucha diferencia ya entre ganar o perder esta guerra". No lo dijo, por supuesto, vencido, nunca lo negó, por la lealtad amorosa, por la vanidad familiar, por la naturalidad con que aquella preciosa aceptó la hamaca, los desayunos a las cinco de la mañana, el lento vuelo luctuoso de los zamuros.

¿Sedosa, Mariela? Un elogio, sin duda, una alabanza de ese viejo sentado en la mecedora como si esperara una visita decisiva. Le gustaba que el abuelo mantuviera inalterables sus hábitos, con independencia de las circunstancias, ahora tan calladas, tan definitivamente íntimas. Pensó, Vicente, que para su abuelo y sus obstinados camaradas, aquellos a quienes los escribas de la nueva historia han bautizado, con pesada ironía, como los 'varones fluviales', la vejez erguida era una suerte de prueba de que tuvieron razón. Como si la simple vida fuera una demostración contundente, el libro que nunca escribieron para aclarar aquel desbarajuste de historias. Le pareció, sin embargo, que eludía la verdadera pregunta. Vicente hubiese querido una respuesta a la altura de su amor por Mariela, la flaca de pinta nazarena y pechos grandes y movedizos, más para andar desnuda que vestida. Quedó atónita cuando supo que era el único nieto de Teófilo Requena y una tarde mientras paseaban por el malecón sin importarles la lluvia delgada e intermitente de unas velocísimas nubes marinas, le contó que estaba enferma de repetir los textos oficiales, con sus versiones nítidas y optimistas de la historia de la patria, como si narraran una elegante y victoriosa partida de ajedrez. Era hija de sindicaleros convencidos y desde los doce años había desfilado por las calles del Puerto con una banderita en la mano. Se imaginaba la región como lo que no era, un inmenso parque descuidado. Una visión romántica en la que no se veían las cabecitas torcidas que colgaban de los árboles, aunque también translucía el comprensible deseo de enamorarse de un escenario y de un destino. El latido de las regiones. No era una trampa o todo el amor es una trampa. Vicente entró en ella como el muchacho de la barbilla partida que hablaba, con el conocimiento de un perito de aguas, sobre las innumerables variaciones de profundidad de los ríos, como el nieto de ese viejo peleonero que los historiadores definen, con impaciente respeto, como un arcaico defensor de las fronteras. Todo junto, más esa impenetrable timidez ante la muerte tan rápida del padre, el centelleante algebrista, más su risa al descubrir que el Puerto era un muladar, más su calma de propietario adánico, más esa forma mezclada de acariciarla, como si ella fuera un animal muy joven y también una madera de orgánicos resplandores dorados. Nunca entramos solos al amor, están con nosotros quienes nos precedieron, genealogías iluminadas u obcuras cuyo origen exacto ignoramos. Es una carga de caballería, nunca un duelo solitario. "¿Sedosa, abuelo? ¿qué significa eso?", preguntó Vicente

con ese tono de broma seria que acostumbraban entre ellos. El juicio le había parecido escaso, tacaño y a la vez incómodamente preciso, como si el viejo lo hubiese afinado durante esos días de observación sin tregua. Como si la conociera desde una eternidad o como si le hubiera pasado la mano por la espalda. Ahí está. "Quiero decir que se mueve por casa sin hacer ruido, que parece suave y resistente. Tú lo debes saber mejor que yo". Lo dijo en voz baja, con cortesía lejana y burlona. Sabía Vicente que en esas tierras de soles lentísimos todo se volvía intercambiable y anónimo, el agua, la mujer, la comida. Sintió con mucho miedo el aire dulzón y cruel de la región. "Tú lo debes saber mejor que yo", como si no le reconociera ningún derecho sobre la maestría del Puerto y estuviera recordándole, al nieto desatento, cuáles eran sus obligaciones. ¿Enamorado el viejo? No, simplemente notificándole que ya habían pasado casi cuatro semanas y que él seguía en su mecedora, como un pendiente, oyendo los suspiros y los quejidos de amor de una muchachita arrabalera y caliente. De eso se trataba, caramba, no de otra cosa.

Dejó pasar unos cuantos días para que la niña se convenciera de que estaban solos. La saludaba con amabilidades esquivas y apenas le dirigió la palabra. Una mañana, cuando las estrellas eran aún visibles, entró en el cuarto de ella, se arrodilló ante la hamaca y con esa sonrisa de oro de los Requena le dijo: "Los viejos, Marielita, tenemos que aprovechar el amanecer. Ya estoy muy tieso para hacerte el amor en la hamaca. Vámonos para allá". La cargó y la colocó en la cama grande de cobre con la delicadeza de un médico que cuida a una niña muerta de frío por las tercianas. Se quitó el camisón y se dejó rodar por el lado derecho de ella. Le vio complacido las largas piernas, garza inmóvil, las rodillas huesudas, los dedos de los pies, muy dibujados y un poco separados, los hombros subidos. "Somos dos cañas, Marielita". Pero ya se había dado cuenta de que los pezones estaban erectos y que la piel, lisa y tensa como lo había previsto, tenía un calor de vaga fiebre, la famosa febrícula, tan buscada por todos los impenitentes exploradores de mujeres. La edad, Don Teófilo lo reconocía, obliga a hacer el amor con mayor deleite para las muchachas. Ya se fueron esas descargas impostergables que, cuando había guerra, se ejecutaban apoyando a la mujer contra un árbol. Ahora el viejo se quedaba eternidades dentro de ella y la dejaba hacer lo que quisiera, metido, sí, y también un poco ajeno, como si contemplara la divina coherencia de aquellos maestros chinos tan respetados en la región. El cielo de Oriente en Puerto Naranjo. También es verdad que sabía darle al amor, con astucia de anciano, un aire de postrimerias, de necesidad vital, de medicina, de jugarse la vida, que ningún joven, salvo los enamorados de la muerte, pueden combinar. Le gustaba que Marielita le hiciera preguntas. "Eres una maestría curiosa, pero primero tráeme una taza de café que ya estoy muy retrasado". Parecía otro tiempo, la misma luz invasora de la región, la misma desnudez, la misma sensación de inexplicable casualidad, aunque la mujer luce ahora menos plena, más rústica. "¿Dices que

esperabas ver más gente armada por aquí? Ya hace mucho que no peleamos, maestrira. Al final sólo nos quedamos los dueños de las carabinas, los generales improvisados, los jefes, mejor dicho, porque no éramos militares de academia. Los agricultores, los inmigrantes con los que soñaba mi bisabuelo, se fueron con sus bultos y sus maletas destartaladas. Los plantadores de flores y de girasoles. Se fueron, me parece, con la amargura de que los habíamos engañado. Ojitos azules, les decíamos. Estaban dispuestos a aguantar la malicia de nuestros zambos sin destinos, la tristeza de nuestros aguaceros, a mascar casabe en lugar de pan, pero no a dejarse cortar las manos por esos macheteros irredentos que cruzaron el río. Tenían razón. Se quedaron solamente algunos chinos, portugueses, corsos, gente muy averiada, abastecedores de tropas y cazadores de muchachas aleladas. Los del Puerto al principio ni se enteraron, luego enviaron unos inspectores militares, dos tenientes de bigotitos impecables, que se asustaron cuando vieron nuestras armas y nuestro encono. Casi nos regañan. Los mandamos al diablo y les dijimos que la región primero era nuestra y después de la Patria. Ganamos la miserable guerra y quedamos destrozados. La región ya no se quitó la fama de violencia, aún perdura, cuando en realidad no somos, bien sumados, más que cuatro viejos muertos de aburrimiento. Mi amigo Casimiro, mi amigo Baldomero. Laureano, nuestro orador, se murió hace años." Le gustaba que fuera alta, que pudiera tocarle los pies y verle los ojos. Las mujeres chiquitas le parecían peligrosas, como aquellas enanas habladoras y de mirada puntiaguda en los circos italianos de su infancia. Le gustaba el contraste entre los pechos grandes y las costillas a flor de piel.

"Hay momentos, Marielita, que son absolutamente decisivos, en los que nos damos cuenta, sin la menor vacilación, de lo que va a pasar. Así fue cuando vimos aquellas insolentes banderas rojas en la otra orilla del río. Yo percibí, con una desolación lúcida, que el hilo de nuestra vida se torcía irremediamente. Ahí estaban, maestrira, una mezcla impura de soldaduchos nerviosos e ideólogos afebrados. Según ellos, venían a liberarnos, con folletos mal impresos de prosa redentora, y con machetes y fusiles de repetición por si no nos convencíamos rápido. Seminaristas con barraganas palúdicas, abogaditos con la barriga llena de lombrices y, por supuesto, los militares suicidas. Cuando los vi supe que nos habían maldecido. Al oír el primer tiro supe que nos habíamos metido en un avispero sin salida. Los del Puerto, como te dije, nos dejaron solos, aunque ordenaron a sus amanuenses que nos recordaran en los Libros de Texto como héroes que lucharon contra los extranjeros. Sí, nos dedicaron unos renglones de elogios borrosos y grandilocuentes. Como esos truenos lejanos que no traen lluvia, sólo un ruido vacío. Ahora nos tratan peor, porque los jefes de hoy piensan igual que los invasores de ayer. ¡Quién sabe lo que habrás dicho de nosotros, maestrira bonita! Ya no somos héroes, más bien una jerigonza incomprensible: representantes del feudalismo residual de las zonas fluviales. ¡Qué imbecilidad! Éramos unos señores honorables y divertidos que querían llenar de flores y girasoles estos llanos de tierra buena. Peleamos por motivos simples, imaginábamos una especie de isla próspera, humedecida por nuestros ríos permanentes." A veces, cuando se cansaba de hablar, se resbalaba por el costado de la flaca nazarena y le acariciaba el pezón con la lengua



Vladimir Mayakovski, 1918: Boceto

y luego abría la boca, becerro viejo, para que el seno opulento se la llenara. "Esperan que nos muramos, Marielita. No nos tocan porque estamos en la otra punta del mundo y quizás porque el solo nombre de región todavía los asusta. En ocasiones vuelan por aquí unos avioncitos desconfiados. Me han dicho que para levantar mapas, yo creo, maestrira, que es para espiarnos. No, no digas tonterías, no son visiones, yo puedo ver cómo caga un pájaro a tres kilómetros de distancia. Igual sucede con unos tipejos sudorosos, con ojeras de hambre, que nos visitan después de los grandes aguaceros. Se presentan como periodistas y, en realidad, son delatores. Quieren saber si nos vamos a morir. A los tres días no resisten el silencio de la región y se van convencidos de que hay más hombres y fusiles que antes. ¿Sabes una cosa? No le gustó a Vicente que te llamara 'sedosa'. Así son siempre los muchachos, muy serios. Pero yo creo que no me equivoqué. ¿Te gusta nuestro café? Algunos dicen que es muy perfumado. Aquí todo es dulce o venenoso, se quejaban aquellos pobres inmigrantes". Era cierto, la maestrira estaba entera, tersa, nadie la había desbaratado todavía. "Hace unos años desembarcaron en Puerto Naranjo un americano y una francesita. Un gordito que se reía por cualquier cosa y que me acribilló a preguntas sobre todas las ramas de mi familia. Nuestra historia le parecía un magnífico enredo académico. Se sorprendió, sin embargo, cuando le enseñé mi edición de Burke y de Gibbon, unos ingleses célebres, maestrira. Pero me ofendió su risa boba de becarrio lujoso y lo mandé al cuerno en tono inapelable. La francesa era una incesante fumadora de funeraria, con mucho pelo en las axilas, de olor rancio, nariz picuda y unas piernas lácteas deshechas por los zancu-

dos. Le di un ungüento con el que se frotó hasta el culo. Una niña impertinente que pretendía discutir conmigo sobre lo que ella llamaba 'la utopía agraria pre-industrial'. Preguntas disparatadas, la mitad de las cuales, lo confieso, no las entendí. Imagínate que quería entrevistar al pobre de Casimiro, gago, buenmozo, casi iletrado. No hay derecho. Una mujercita rabiosa, incómoda en su cuerpo. Le aseguré —¡qué sarta de necedades!— que yo no era un carismático sin empleo, ni un profeta a destiempo, le dije que a mi edad lo más importante del mundo era mi vejiga. Lo cual, Marielita, está muy lejos de ser la verdad. El que más me gustó fue un sureño, un ingeniero pacífico que se sentaba conmigo a charlar de cuestiones técnicas. Estaba sorprendido de nuestros amaneceres. Parece como si el sol tuviera su cueva del otro lado del río, me decía. Estas son las cosas que podemos lucir, maestrira. Los hombres no hemos agregado prácticamente nada. Fue a él a quien le conté los hechos con mayor precisión. A los demás les exageraba nuestras fuerzas y hablaba de miles de soldados, de coroneles, de estado mayor. Los historiadores son unos perros, Mariela."

Desde la cocina, mientras colaba el cuarto café de la mañana, oyó cómo la maestrira se bañaba, medio tarareando una canción desconocida. Pensó si habría suficiente jabón y si sabría planchar como es debido un liqui-liqui de fiesta. Se recostó en la cama, con la espalda apoyada en las barras de cobre. Extendió el brazo izquierdo cuando la maestrira, pájaro case-ro, entró al cuarto desnuda. Sintió el pie de ella y le dijo "Ya tendrás tiempo de irte con él. Nosotros casi terminamos". Le pareció, ya había mucho sol, que ella le contestaba: "Duérmase tranquilo, general, no se preocupe de nada".



Vladimir Mayakovski, 1918: Boceto